

esta guerra de sorpresas, para poder continuarla durante algunos días. Acosado siempre, hoy por las tropas francesas, mañana por las austriacas, cuya persecución no podía burlar con rápidas retiradas, vió en breve sus soldados disminuir por continuas deserciones. No pudiendo operar en Toscana, donde las tropas del archiduque Ernesto le habrían aplastado, pasó el Apenino, en la noche del veintiséis al veintisiete de Julio, y bajó á la Romanía, donde tampoco halló sosiego, incesantemente perseguido, hasta que, en la noche del primero al dos de Agosto, en Cesenatico logró embarcarse con su pequeña tropa en trece barcas pescadoras, para ir á combatir en Venecia como había combatido en Roma. Hallábase ya en vista del león de San Marcos, cuando se le echaron encima tres buques de guerra austriacos, que le apresaron ocho de sus lanchas, pudiendo ganar con las otras la playa de Mesola. Desde este instante, ya solo pensó en salvar la vida, huyendo al través de los bosques y de las montañas. Sus hijos y sus amigos más fieles, presos por los austriacos, fueron fusilados; su valerosa mujer Anita murió de fatiga, y él, disfrazado y por senderos extraviados, pudo llegar á Ravena, atravesar la Toscana y embarcarse en las costas del Piamonte para América.

La bandera de la independencia italiana ya sólo ondeaba en los muros de Venecia, cuyos habitantes, bloqueados desde el mes de Septiembre de mil ochocientos cuarenta y ocho, iban á dar á Italia y al mundo un admirable ejemplo de heroísmo, de concordia y de unión. Cuando la noticia del desastre de Novara les hubo arrebatado toda esperanza de socorro, la Asamblea nacional publicó el dos de Abril de mil ochocientos cuarenta y nueve este sencillo decreto: «Venecia resistirá hasta la muerte; Manin queda investido de poderes ilimitados». La primera operación del ejército austriaco, fuerte de treinta mil hombres, fué la toma de la fortaleza de Malghera, llave de Venecia por la parte de tierra firme. El nueve de Mayo se rompió el fuego; la fortaleza resistió hasta el veinticinco, merced á una larga serie de audaces y brillantes aventuras por parte de las tropas venecianas. «Cuando los parapetos fueron demolidos por las bombas, dice Gnoinsky, cuando las bóvedas de las casamatas amenazaron hundirse, cuando setenta y cuatro mil proyectiles hubieron surcado el suelo de la fortaleza, no hubo más remedio que ceder abandonando al enemigo aquel glorioso campo de batalla.»

Evacuada Malghera, el principal punto estratégico, así para el ataque como para la defensa, era el puente de la vía férrea que atraviesa la laguna, pudiendo servir de camino á los austriacos para tomar la ciudad por asalto, y á los venecianos de puesto avanzado para contener á los sitiadores en tierra firme. Allí ordenó Manin levantar un fuerte llamado *Piazzale*, que fué teatro de los últimos y sublimes esfuerzos de los defensores de Venecia. Por desgracia para éstos, á las privaciones consiguientes al sitio se juntaron dos azotes, el hambre y la peste. «Los más ricos bebían agua mezclada con vinagre, y se contentaban con un plato de legumbres», sigue diciendo Gnoinsky. Los estragos del có-

lera fueron espantosos, y para combatirlo «no había medicamentos, ni pan, ni carne, apenas unas cuantas gotas de láudano, que se pagaban á precio de oro, muy contados limones, arrebatados á la fuerza, y algún que otro pedazo de hielo, que los farmacéuticos componían por medio de sales químicas». En medio de tan tremendas pruebas, la población veneciana mantenía su ardor patriótico, amontonándose en las inmediaciones del puente de la vía férrea para aplaudir á los intrépidos defensores, que desafiaban la muerte en las trincheras del *Piazzale*. Esta agonía de la República veneciana duró cerca de dos meses, desde primeros de Julio hasta el veintiséis de Agosto.

En la noche del veintinueve de Julio, noche espléndida, admirable, cuando parte de la población estaba paseándose aún por las calles, veintiocho cañones y morteros comenzaron de improviso á vomitar proyectiles sobre Venecia. El pánico fué horroroso: los venecianos habían creído siempre su ciudad á salvo de la artillería de los sitiadores. Los habitantes de los populosos cuarteles del *Canaveggio* y de *Santa Croce*, los más castigados por el fuego, huyeron en tumulto hacia el centro, donde todas las moradas se abrieron para recibirlos. El valor de Venecia no decayó; pero á medida que transeurrían días, cada vez más apurados los recursos y sin esperanza de recibir socorro de fuera, fué cundiendo el convencimiento de que era necesario capitular. Para tratar de este asunto, Manin convocó el veintuno de Agosto á la Asamblea nacional, que resolvió conferir al dictador amplias facultades para proceder como estimase más conveniente al honor y á las necesidades de la ciudad. Manin creyó salvar la dignidad de la Asamblea y la suya propia transfiriendo las atribuciones que aquélla le confiriera al Ayuntamiento, que á las pocas horas concertó con los representantes del Gobierno imperial las condiciones de la capitulación, entre las que se contaba la amnistía para todos los soldados y oficiales. No más que cuarenta ciudadanos, á la cabeza de los cuales figuraban Manin y Tomaseo, fueron condenados á destierro en artículo especial. El veintisiete de Agosto, el Presidente de la República veneciana, el omnipotente dictador, vuelto á la condición de simple ciudadano, se embarcaba con rumbo á Francia, yendo á establecerse en París, donde pasó el resto de sus días en la pobreza, dando lecciones de lengua italiana, que no había de volver á hablar en su patria.

Así sucumbió la Italia republicana, como había sucumbido la Italia monárquica. Los dos partidos que sucesivamente tuvieron en sus manos la dirección de la vida pública, habíanse mostrado igualmente impotentes para realizar sus fines: el uno, por haber confiado en los príncipes, enemigos de la unidad italiana; el otro, por haber contado con el pueblo, incapaz aun de gobernarse á sí mismo. Por otra parte, uno y otro habían sido demasiado fáciles en creer que Italia podía triunfar por sí sola de un adversario tan poderoso como Austria. Mas no todo se había perdido. De la experiencia fracasada se desprendían, al par que lecciones, motivos de esperanza para un porvenir no lejano. Al lado

de un Papa que había defraudado los ensueños de los giobertistas, había surgido un príncipe, soldado y mártir de la independencia; si el pueblo carecía de las cualidades políticas que los mazzinianos le atribuían, había probado con su heroísmo, en Milán como en Venecia, en Roma como en Palermo, que no era extraño al sentimiento nacional. El gran esfuerzo que hiciera Italia en los años de mil ochocientos cuarenta y ocho y mil ochocientos cuarenta y nueve no había sido, por tanto, completamente infecundo; había enseñado al mundo, como dice Lavisser-Ramnaud, que «la causa nacional tenía en adelante una dinastía para representarla y un pueblo para defenderla».

Dejamos á Austria en el instante de encargarse del gobierno el príncipe de Schwarzenberg, el veintiuno de Noviembre de mil ochocientos cuarenta y ocho. Era este príncipe un diplomático todavía joven, no menos refractario que Metternich, su maestro, al progreso democrático y al espíritu revolucionario, pero más atrevido y menos habituado á doblarse. Orgullosa, altivo y vidrioso, no olvidaba que había sido militar, y gustoso hubiese guiado á Europa, á serle posible, á latigazos. Sus primeros actos revelaron los puntos que calzaban su audacia y su vigor. El veintisiete de Noviembre lanzaba á la cabeza del Parlamento de Francfort enérgica nota, en que venía á decir que su fin era unificar el imperio de Austria, lo que estaba en contradicción con lo consignado en algunos párrafos de la constitución austriaca, y que no reconocería la futura constitución del Imperio de Alemania sino á reserva del derecho que tenía su señor y dueño de examinar y exigir, en su caso, la enmienda. «En lo tocante á las relaciones establecidas entre Austria y la Alemania nueva, seguía diciendo, no se podrán discutir sino cuando una y otra hayan llevado á cabo su trabajo de rejuvenecimiento, dándose sólidas instituciones. Hasta entonces, Austria seguirá cumpliendo fielmente sus deberes. En las relaciones exteriores defenderemos la dignidad y los intereses del Imperio Austriaco, sin permitir á ninguna influencia extraviada perturbar el libre trabajo de nuestro desarrollo exterior.»

Pocos días después, el dos de Diciembre, Schwarzenberg, pensando seguramente que el advenimiento de un nuevo emperador, joven, sin historia política, sin compromisos, le proporcionaría la libertad de acción de que creía necesitar, acabó de decidir al pusilánime Fernando I á realizar lo que de consuno le aconsejaban su familia y algunos soberanos extranjeros, especialmente el Emperador de Rusia: abdicar la corona. Subió, pues, al trono un príncipe de diez y ocho años, el archiduque Francisco José, que al tomar posesión dijo en un manifiesto al pueblo: «Convencido de la necesidad y del valor de las instituciones liberales, S. M. acomete con confianza la tarea que le incumbe de reorganizar y rejuvenecer toda la monarquía. La verdadera libertad, la igualdad de derechos de todas las naciones del Imperio, así como la de todos los ciudadanos ante la ley, no menos que la participación de los mandatarios del pueblo en la obra legislativa, tales serán las bases por las que la patria recobrará su antigua grandeza.» Inmediatamente,

el primer ministro resolvió tomar la ofensiva, con todas las fuerzas de que podía disponer, contra los húngaros. Las discusiones del Parlamento de Francfort se prolongaban indefinidamente; las negociaciones relativas á Italia marchaban con lentitud; Francia hallábase absorta en la elección de presidente: por todas estas circunstancias, Schwarzenberg gozaba de libertad para volverse contra Hungría. No había de desaprovechar la ocasión política tan perspicaz, y rompió la guerra contra los húngaros, verdadera epopeya, que admiró y apasionó á Europa de mil ochocientos cuarenta y ocho á mil ochocientos cuarenta y nueve. El plan de los austriacos era muy sencillo: el ejército principal, á las órdenes de Windisgraetz y de Fellachich, marcharía en dos cuerpos desde los alrededores de Viena, por Presburgo y por Raab, á Buda-Pesth, al tiempo que otros cuerpos, partiendo de las provincias austriacas que rodean á Hungría, se juntarían en el centro. El diez de Diciembre se puso en movimiento Windisgraetz; el diez y ocho entró en Presburgo, que Goergey evacuó; el veintisiete llegó á Raab, también abandonada, y el veintiocho derrotó en Babolna la retaguardia de Goergey, que se fué á ocupar las alturas de Bieske esperando los refuerzos de Perczel. Esperó en vano. Perczel fué batido por Fellachich el treinta de Diciembre, en Moor, y cinco días después, el cuatro de Enero, Schlick derrotaba en Kasehan á Mezaros, y el otro cuerpo de ejército austriaco, mandado por Nugent, se apoderaba de Funfkirchen. Buda-Pesth quedaba abierta al enemigo. El treinta y uno de Diciembre, Kossuth propuso que la Junta de defensa y la Dieta se retirasen á Debreczen, detrás de los pantanos del Theiss, y que se enviase una diputación á Windisgraetz. Aceptadas ambas proposiciones, el primero de Enero de mil ochocientos cuarenta y nueve la Junta de defensa partió para Debreczen, ciudad de cincuenta mil almas, con grandes recursos para la organización militar, centro del más puro magyarrismo, defendida por el río y por pantanos intransitables en invierno. Windisgraetz no quiso recibir á la diputación; el siete de Enero, dió en Buda-Pesth un manifiesto terrorista, y pasando de las amenazas á los hechos, impuso á las dos ciudades fuertes contribuciones de guerra, instituyó tribunales marciales, que condenaron á muerte á dos oficiales austriacos y encarcelaron á los que ni siquiera habían servido. Esta campaña aterradora, llevada á cabo en menos de un mes, hizo creer á Europa que la causa húngara estaba definitivamente perdida.

Pero en medio de estos brillantes triunfos, Schwarzenberg hubo de interrumpir durante más de seis semanas las operaciones militares, por solicitar su atención los asuntos de Alemania é Italia, que iban tomando un giro contrario á los intereses de Austria. En Francfort, su nota del veintisiete de Noviembre había agravado las disposiciones, ya poco bienhechoras, de los constituyentes para con los Hapsburgo. La Asamblea que había de dar un emperador á Alemania, se inclinaba más visiblemente de cada día á favor del rey de Prusia, y no porque Federico Guillermo le inspirase simpatía ni gran confianza. Cabal-

mente este soberano, de entendimiento oscuro y voluntad indecisa, si en ciertos instantes pudo parecer liberal, en el fondo se mantuvo siempre sectario del derecho divino. Sus concesiones eran sólo aparentes; jamás renunció á ninguno de sus prejuicios, y fué creciendo en su alma el odio al antiguo grupo prusiano, «el pequeño partido, pero poderoso», que dirigía el general de Gerlach y que apoyaba enérgicamente la reina Isabel. De aquí su falta de sinceridad, que le enajenó el apoyo de la Asamblea constituyente, cuya mayoría, de opiniones moderadas, estaba dispuesta á seguir la dirección del gobierno. Para defender los derechos de la nobleza, se celebró en Berlín á fines de Junio, bajo la dirección de Bulow-Cummerow, una reunión de grandes propietarios, que tuvo por órgano la *Nueva Gaceta Prusiana*, tan célebre después con el nombre de *Gaceta de la Cruz*, y cubrió el país de círculos prusianos, que fueron centros de rencores reaccionarios. Stahl era el teórico del nuevo partido, y entre sus individuos más activos é influyentes se contaban el presidente Luis Gerlach, Stolber, Wagener, Niebuhr y Bismarck, el futuro canceller. Su punto de apoyo eran la iglesia ortodoxa y la alianza con Rusia, á pesar de lo cual habría transigido gustoso con las instituciones constitucionales, si se hubiese asegurado á la nobleza una situación preponderante. Camphausen, Hausemann, Pfiel, que dirigieron sucesivamente el gobierno, careciendo de la confianza del soberano, no pudieron presentar á la Cámara ninguna de las leyes que estimaban útiles, y su impotencia se reputó traición. Ante esta actitud del Rey, la mayoría buscó apoyo en la democracia, y la burguesía, defraudada en sus esperanzas, no opuso sino indecisa resistencia al partido radical, el cual, si débil para conquistar el poder, era bastante fuerte para mantener en las calles ruidosa agitación.

Por estos pasos se provocaron las tumultuosas manifestaciones que se efectuaron en el mes de Mayo y las primeras semanas de Junio, hasta que, en la noche del quince al diez y seis del último mes citado, unos cuantos millares de obreros se lanzaron sobre el arsenal y empezaron á saquearlo. No gozaban de más tranquilidad las provincias: en Schweidnitz, la torpeza é insolencia del gobernador suscitaron trastornos, que terminaron en un degüello. La Cámara votó una orden del día invitando al ministerio á llamar á los oficiales, que tenían el deber de respetar el nuevo orden constitucional, ó dimitir caso de vedárselo su conciencia. El rey, profundamente disgustado de lo que estimaba una imposición y una ofensa, acabó de convencerse de la necesidad de un golpe de fuerza. El Parlamento, en la constitución que estaba elaborando, borraba la fórmula «Por la gracia de Dios», al paso que confería la presidencia á los jefes de la izquierda Unruh y Waldeck. La fermentación crecía en Berlín. A la noticia de que Viena insurrecta se hallaba sitiada por los ejércitos de Fellachich y de Windisgraetz, Rodbertus y Waldeck invitaron al gobierno á defender por todos los medios la libertad amenazada en la capital de Austria, y la muchedumbre se dirigió al teatro, donde celebraba sus sesiones la Asamblea, para

apoyar la proposición. Cuando al día siguiente, primero de Noviembre, los periódicos anunciaron la capitulación de Viena, la camarilla obtuvo de Federico Guillermo que confiase el poder á su tío el conde de Brandeburgo, dándole por guía y consejero, á causa de su escasa experiencia política, al ministro Manteuffel, á quien Vincke, que no pecaba de feroz revolucionario, calificó de estadista antdiluviano. El Parlamento protestó contra la formación del nuevo ministerio; en castigo, el rey lo trasladó el veintisiete de Noviembre á la ciudad de Brandeburgo; la mayoría de los diputados se resistió á obedecer, pero sin decidirse á ir á la revolución, en vista de lo cual el pueblo, que al principio se interesara por la Asamblea, la abandonó. Entonces el rey, recurriendo sin miramientos á la violencia, puso á Berlín en estado de sitio y acometió contra los revoltosos. Wrangel, que había vuelto á la capital con las tropas, desarmó á la guardia burguesa. Las clases medias permanecieron inactivas, oscilando entre dos sentimientos contrarios: la pena por la libertad perdida y el goce por la anarquía conjurada. Como en Brandeburgo la izquierda de la Asamblea pareciese volver á su entretenimiento de obstrucción, Federico Guillermo disolvió la Constituyente el cinco de Noviembre de mil ochocientos cuarenta y ocho.

Respecto del Imperio, no se recataba el monarca prusiano de declarar á sus íntimos que no quería ser emperador sino por libre elección de los soberanos alemanes, y de antemano rechazaba todo género de compromisos con «la más pueril, la más necia, la más estúpida..... de las revoluciones de este siglo». Verdad es que se guardaba mucho de hablar así en público, porque allá en el fondo de su alma deseaba con pasión la corona imperial. Dígalo sino Gagern, que, habiendo ido en Noviembre á sondear sus disposiciones, volvióse convencido de que, si el Parlamento se la otorgaba, la aceptaría, salvo el consentimiento de los demás príncipes alemanes, ninguno de los cuales podría negárselo si Austria era excluída de la Confederación. Varios de sus consejeros, mejor dicho, de sus amigos predilectos, como el general Radowitz y el caballero Bunsen, procuraban con todas sus fuerzas separarle del partido de la Cruz y le aconsejaban que, para desvanecer las desconfianzas de los constituyentes de Francfort, hiciese una manifestación solemne de liberalismo. Federico Guillermo les complació dando el cinco de Diciembre una Constitución casi democrática, calcada sobre la de Bélgica, y promulgando á continuación una serie de leyes, por las que suprimía los tribunales de excepción, abolía el régimen feudal y establecía el jurado. No dejó de sentir sus escrúpulos el monarca en el acto de firmar la Carta; se los desvaneció la consideración de que, otorgándola libremente y pudiendo retirarla cuando quisiese, quedaba á salvo el derecho divino.

El acto del cinco de Diciembre pareció al Parlamento de Francfort prueba bastante de que el monarca prusiano estaba dispuesto á marchar de acuerdo con la nueva Alemania; mas, por si acaso, la Asamblea se reservaba el imponerle condiciones, no ofreciéndole la corona imperial sino después de haber estipulado en la Constitución todas las